



El Libro de las Brujas



SHAHRAUKH HUSAIN

*Traducción del inglés a cargo de
Andrea Daga*



IMPEDIMENTA





¿Cuándo vi por última vez
los anchos ojos verdes y los largos cuerpos sinuosos
de los leopardos negros de la luna?
Las brujas ermitañas, señoras nobilísimas,
con todo y sus escobas y sus lágrimas,
sus enérgicas lágrimas, se fueron.
Se perdieron los santos centauros de los montes;
solo me queda el hastiado sol.
La heroica madre luna se hundió en el destierro;
tengo cincuenta años, y ahora
he de sufrir la timidez del sol.

W. B. YEATS,
Versos escritos en el abatimiento *

*. Traducción de Hernando Valencia Goelkel. (*Todas las notas son de la traductora.*)

· PRIMERA PARTE ·

MUJERES SEDUCTORAS Y
CABALLEROS DESTEMPLADOS





INDRAVATI Y LAS SIETE HERMANAS

CUENTO INDIO

Érase una vez un rey y una reina que tenían una hija, una princesa más hermosa que el sol, la luna y las flores. Como era más bella incluso que las *apsarás*, las ninfas acuáticas que danzan en la corte celestial del dios Indra, la reina decidió llamarla Indravati. Pensó que si la llamaba «hija de Indra», que es lo que significa el nombre, la niña no correría ningún peligro si alguna vez necesitaba pedir ayuda al dios. La reina era muy sabia, y estaba segura de que su hija era tan hermosa que algún día necesitaría que la salvaran de los vicios y de las artimañas de los hombres. Llegado el momento, podría acudir a Indra sin miedo a caer del cielo y acabar enmarañada en los rizos eternos de Shiva, como le había pasado a la diosa del Ganges hacía mucho tiempo, ya sabéis. Y es que Indra es un dios procaz y lujurioso, y aunque como dios está en su derecho, la reina no quería que su hija pudiera convertirse en una de sus presas si necesitaba pedirle ayuda, así que decidió llamarla de esta manera.

Cuando Indravati creció, sus padres concertaron su matrimonio con el apuesto hijo de otro rey. Era lo bastante apuesto para ser digno de ella, así que, como es natural, también lo era para las hadas. Era bello como la luna, tenía unos ojos que brillaban como las estrellas y la piel, tanto la de su rostro como la de su cuerpo, era suave y lisa, casi tan aterciopelada como la del melocotón. (Era muy joven, tanto que apenas empezaba a crecerle vello corporal en algunas partes, ya me entendéis, ¡y se sorprendía cada vez que lo descubría!) Seguro que la princesa se estremecería de deseo en la cámara nupcial y traicionaría su castidad mucho antes de haber fingido el pudor y la timidez que se esperan de una dama. Pero el príncipe era tan atractivo que cualquier mujer podría perder los modales y la vergüenza por él sin el más mínimo recato.

La cosa es que había siete hermanas que vivían en un árbol de ficus y que habían visto al príncipe cuando iba de camino a su fastuosa boda. Estas hermanas tenían los pies del revés, de manera que los talones aparecían por delante, así que cada pie recordaba a un báculo o a un bastón de potentado, de esos que llevan una contera abajo, ¿sabéis? Y los dedos sobresalían por detrás, extendidos como las garras de un águila. Pero siempre llevaban los pies cubiertos con faldas largas y vaporosas. Y, de todas formas, ¿quién iba a querer mirarles los pies cuando tenían unos rostros tan seductores? Lanzaban miraditas a los hombres, mordían los bordes de sus mantillas y pestañeaban con esos ojos enormes y entrecerrados, mirando hacia abajo para que se vieran bien sus largas pestañas. Y lo hacían de forma que, si un hombre las miraba a los ojos, cuando ellas bajaran los párpados, él acabaría con la vista clavada —que Dios nos perdone— en sus exuberantes pechos. Las brujas —no deberíamos pronunciar esta palabra: podrían oírnos y, Dios no lo quiera, presentarse aquí— se enamoraron del príncipe y lo querían para ellas, así que lo siguieron hasta el palacio de su futura esposa. Al principio, se enfadaron cuando supieron que iba a casarse, pero luego se les pasó: ¿por

qué iba a desalentarse una bruja por algo así? Saben mucho de magia, pero poseen pocos principios. Lo siguieron y esperaron el momento adecuado para actuar.

El príncipe y la princesa celebraron la boda con una ostentosa ceremonia. Los músicos tocaron durante un mes, hasta que los dedos se les llenaron de ampollas y los huesos se les agarraron. Los cocineros guisaron hasta que los fogones de las cocinas calentaron todo el reino, hasta que todos sus habitantes, incluso los que buscaban comida en la basura, tuvieron la barriga a reventar. Es más, llegaron mendigos de otros reinos y llenaron sus carretas con las sobras del banquete para llevárselas a sus familias, porque hasta los desperdicios podían considerarse un festín en toda regla.

Las hermanas no le quitaban el ojo de encima al príncipe mientras esperaban su momento. Y cuando por fin se acabaron los banquetes y las celebraciones, Indravati y su príncipe montaron en su carruaje y emprendieron el camino al reino del novio, donde por fin podrían entregarse al placer carnal en la intimidad.

Viajaron durante toda la mañana, pero por la tarde empezó a apretar el calor y decidieron parar a descansar. Fue bajo el mismo árbol en el que las siete hermanas habían visto al príncipe por primera vez; quizá fueron ellas las que le habían metido esa idea en la cabeza, vaya usted a saber. Los novios, impacientes por estar juntos, pidieron a sus sirvientes que los dejaran solos.

—Intimidad —ordenó el príncipe. Los cortesanos y sirvientes lo entendieron y se marcharon entre bromas y elucubraciones sobre lo que harían el príncipe y la princesa en esa codiciada intimidad.

Pero, en cuanto se miraron, el príncipe y la princesa se sumieron en un profundo sueño. Las hermanas aguardaban entre las ramas del ficus, sabedoras de que su espera estaba a punto de acabar. Casi había llegado el momento. Decidieron actuar antes de que el príncipe hubiera gozado de su esposa, antes de que su lluvia fértil pudiera empapar la sedienta y palpitante flor de loto

de Indravati. Llevaban tanto tiempo devorando los miembros y la juventud del príncipe con la mirada, tanto tiempo siendo pacientes, que lo querían con su inocencia intacta.

Habían tramado un plan para apoderarse de él antes de que perdiera la virginidad. Cuando los recién casados empezaron a quedarse dormidos, las brujas bajaron del árbol a toda prisa, los apresaron y los llevaron a una torre que habían construido para el príncipe. Arrojaron a la princesa por la ventana para matarla, pero ella se despertó con las carcajadas y los alaridos de las brujas, y pudo despabilarse a tiempo para agarrarse a las ramas de un limonero cercano y amortiguar la caída. Luego bajó por el tronco hasta el suelo, se deslizó sigilosamente hasta la base de la torre y se escondió detrás de unas rocas.

Las brujas llevaron al príncipe a lo alto de la torre y lo tumbaron en una cama tan suave como las nubes, tanto que él se sentía como si pudiera flotar. Allí bailaron para él al son de las campanillas y de los crócalos. Estaban muy hermosas; la suya era una belleza inquietante y perturbadora. También le lanzaron un hechizo para que se sintiera siempre levemente embriagado, así no se daría cuenta de que tenían los pies del revés, pues esa es la marca de las brujas, ni de que en sus ojos había más deseo que en los de cualquier mujer corriente, más incluso que en los de esas mujeres livianas que día y noche se ganan la vida complaciendo a los hombres. Y es que, en estas mujeres, las miradas de deseo son fruto de la falsedad y de la costumbre, mientras que en las siete hermanas eran fiel reflejo de su naturaleza lujuriosa.

Bailaron para el príncipe haciendo gala de todos sus encantos, excepto de los que debían mantener en secreto. Y cuando daban, sus vestidos revoloteaban y dejaban ver el movimiento de sus tallos, pero no las flores que ocultaban más arriba; y bajaban las cintas de sus corpiños, aunque no lo suficiente para revelar esos pechos firmes, que se estremecían, arriba y abajo, en olas de locura y anhelo, ahora aún más turgentes por el deseo que subía como la espuma. Aquella noche intentaron por todos los

medios —vaya si lo intentaron— que los virginales miembros del príncipe, ¡tan suculentos!, con su suavísima y bronceada piel, ¡tan seductora!, se enlazaran con ellas. Intentaron agarrarse a él como una viña salvaje y desenfadada; como zarzas y enredaderas, inseparables; como las vainas que revientan para que nazca la flor de amento, que penetra grietas y cavidades hasta colmarlas. Festín de néctares, de flores y frutas, hasta que él quedara vacío y temporalmente exhausto, y ellas, saciadas.

Así planeaban utilizarlo, alimentándose de su fruto, sorbiéndole los jugos con sus cuerpos y lenguas, hasta que se debilitara y acabara por marchitarse para siempre. Todos los días le llevaban alimentos aliñados con potentes afrodisíacos, como diente de tigre, pócimas de hierbas o sangre menstrual. Todo lo llevaban a su habitación cada noche, pero el príncipe nunca tocaba la comida, y por las mañanas, las brujas se deshacían de ella. Porque, claro, si los alimentos surtían efecto cuando ellas no estaban, el prisionero podría desperdiciar los néctares de su cuerpo en alguna otra parte. Por eso tiraban la comida y la arrojaban por la ventana.

Esta caía a los pies de la torre, donde esperaba la princesa, que se obligaba a tomar unos bocados, lo suficiente para sobrevivir, pero ni uno más. Y todas las mañanas, cuando las siete hermanas se iban volando hacia su árbol, la princesa trepaba por el limonero y entraba en la torre del príncipe; allí lo cuidaba y le hablaba, mientras le acariciaba las sienes, rogándole que despertara. Pero él no podía. Naturalmente. Y, como es comprensible, la princesa estaba cada día más enfadada, hasta que por fin decidió que no era capaz de quedarse esperando de brazos cruzados. «Tengo que hacer algo», se dijo.

Y lo hizo.

Al día siguiente, esperó a que las brujas salieran de los aposentos de su marido. Y cuando llegaron a su ficus, ahí estaba ella, dispuesta a enfrentarse a las arpías, agarrada a las raíces del árbol, a las que se aferró con fuerza mientras las brujas lanzaban sus maldiciones. Hicieron unos nudos con mechones de su propio

cabello y los soplaron, mascullando entre dientes; murmuraban sus encantamientos cada vez más rápido, más alto, moviendo sus feroces labios, hasta que, de repente, el árbol salió volando, y con él la princesa.



Durante el prodigioso vuelo, la joven vio junglas y desiertos, ríos y montañas, tierras tan altas y deshabitadas que ya no quedaba en ellas ni rastro de Adán ni de sus descendientes. Vio pasar mil maravillas bajo sus pies, hasta que llegaron a un semicírculo

de montañas, que el árbol de las brujas sobrevoló antes de posarse en tierra. La princesa comprendió que había llegado a Koh Qaf, la Tierra de las Hadas, gobernada por Indra, el rey de las Hadas. Su madre y sus doncellas le habían contado historias de aquel lugar y sus habitantes.

La princesa saltó del árbol y se escabulló entre las hadas. Aunque eran muy hermosas, eso no suponía ningún inconveniente, porque ella lo era aún más, a pesar de que todos los seres de aquel lugar estuvieran hechos de aire y de fuego, y ella no fuera más que agua y barro. Eso no importaba: era tan hermosa que nadie notaría la diferencia. La princesa preguntó a unos caminantes dónde se encontraba la corte del rey, y hacia allí se dirigió. Al llegar, vio a las siete hermanas bailando para el rey. Se movían con tal gracia y elegancia que hasta la princesa sucumbió a su encanto: sintió un ardor que empezaba a recorrerle el cuerpo y, por un momento, se permitió dudar de la castidad de su marido, preguntándose si todavía conservaría su virginidad. Tras ese momento de duda, recuperó la compostura y dio un paso adelante, revelando toda su principesca majestuosidad.

—¡Rajá Indra! —dijo con tono imperioso.

El rey levantó la vista, sorprendido de que alguien se atreviera a interrumpir su placentera diversión con tanta osadía.

—¿Quién eres tú? —preguntó, buscando con la mirada a quien había pronunciado su nombre. Entonces la vio. Pero el baile de las hermanas era tan sensual que el rey sintió sus jugos a punto de brotar, contenidos hasta ese momento únicamente por la expansión en su órgano distendido, y al final se derramaron en su espléndido traje brocado. Se reprochó en su fuero interno haber desperdiciado sus fluidos en su propia ropa, en lugar de hacerlo en alguna de los cientos de doncellas que tanto lo ansiaban, divinas como capullos en flor.

El rajá comprobó que la mujer que había interrumpido el espectáculo era deslumbrante... Pero cuando la princesa vio los ojos del rey inyectados de lujuria y lascivia, exclamó con firmeza:

—¡Soy Indravati!

El rey se hundió en su trono, flácido y sin fuerzas. Indravati significaba «hija de Indra»: no podía ni seducirla ni cortejarla, y mucho menos unirse a ella, porque... era su hija.

—¿Qué quieres? —preguntó, con una voz que ya no sonaba como el trueno.

—Estas mujeres que bailan para ti, mi señor, han hechizado a mi esposo y lo tienen prisionero en una torre. Quiero que me lo devuelvan —suplicó.

El rey titubeó.

—Son unas mujeres exquisitas —se le ocurrió decir, pues no estaba dispuesto a privar a las hermosas bailarinas de su presa sexual—. Si han tenido la habilidad de hechizarlo, entonces...

—¡Son *churels*!² ¡Son brujas, mi señor! —protestó Indravati.

Las hermanas dejaron de bailar y se apiñaron en un rincón, agachándose de un modo extraño, mirando esquivas, a un lado y a otro, siseando entre suspiros y sacando la lengua con movimientos viperinos.

—¡Levantad esas faldas! —ordenó el rey.

—¡No! ¡Eso no, señor! —chillaron las hermanas hechiceras—. ¡Eso no!

Pero el rey insistió, y cuando las hermanas se subieron las faldas hasta los tobillos, quedaron a la vista aquellos pies siniestros, parecidos a los bastones de los potentados, como con una contera de hierro abajo, y los dedos separados como garras sobresaliendo por detrás.

Indra desterró a las hermanas de su reino, volvieron al árbol y el hechizo se rompió. Indravati encontró a su marido y a sus sirvientes bajo el árbol, y emprendieron el camino de regreso a su reino, donde todos estaban impacientes y desesperados, porque

2. *Chureyls*, *chunails* o *churels* son todos nombres que designan entidades míticas tradicionales de India, Nepal y Pakistán, y sus características abarcan desde lo demoníaco y lo fantasmal a lo mágico y sensual.

llevaban mucho tiempo esperando a los novios, al menos uno o dos meses.

Al fin, los recién casados disfrutaron de los placeres de la cámara nupcial, y la princesa pudo aplicarse desenfrenada al gozo carnal y disfrutar de los placeres sensuales que el príncipe le ofrecía, porque ella le había salvado la vida y la castidad, y ya no necesitaba comportarse con modestia ni inocencia para demostrarle su amor y su lealtad.

Las hermanas siguen allí, en el ficus, con un aspecto que recuerda mucho al de los cuervos. A veces se acercan a otros ficus, pero no podrán morir hasta que encuentren a una aprendiz a quien enseñarle las palabras secretas y profanas con las que las diabólicas *churels* transmiten sus poderes.



LA LOCURA DE FINN

CUENTO IRLANDÉS

Un buen día, Finn y los fieles guerreros de su clan, los *fianna*, llegaron a un cruce del río Slaney y se detuvieron a descansar. Mientras estaban allí sentados, se les apareció una joven sobre una roca redonda del río: llevaba un vestido de seda, una capa verde adornada con un broche dorado y una corona de oro, un símbolo de la realeza.

—Guerreros de Irlanda: que uno de vosotros se acerque a hablar conmigo de inmediato —dijo la joven.

Fue Sciathbreac, el portador del escudo, quien se acercó.

—¿Qué quieres de nosotros? —le preguntó.

—Quiero a Finn, hijo de Cumhal —respondió la joven.

Entonces Finn se acercó para hablar con ella:

—¿Quién eres tú? ¿Qué quieres de mí? —preguntó Finn.

—Soy Daireann, hija del dios Bodb Dearg, hijo de Dagda —dijo—. Y he venido porque deseo convertirme en tu esposa, con la condición de que me traigas el regalo de boda que te voy a pedir.

—¿Y qué regalo es ese?

—Debes prometerme que seré tu única mujer durante todo un año, y después, me tendrás que conceder la mitad de tu tiempo.

—No prometeré tal cosa a ninguna mujer del mundo, y a ti tampoco —dijo Finn.

Al oír eso, la joven sacó una copa de plata de debajo de la capa, la llenó con un poderoso brebaje y se la entregó a Finn.

—¿Qué es? —preguntó el guerrero.

—Es hidromiel de los dioses, algo más fuerte que el terrenal —dijo Daireann.

Finn no tenía por costumbre rechazar ningún brindis que se le ofreciese, así que aceptó la copa, bebió de su contenido y, de repente, pareció haber perdido la cordura. Se volvió hacia sus *fianna* y empezó a reprocharles todas las desgracias, equivocaciones y torpezas que habían cometido en las batallas, y todos esos desatinos los decía por culpa de la ponzoña que le había dado a beber la joven.

Y así, los jefes de los *fianna* de Irlanda se levantaron y lo fueron dejando solo; cada cual partió hacia su tierra, hasta que no quedó nadie junto a Finn en aquella colina, salvo Caoilte, que se levantó y fue a buscar a los demás.

—Guerreros de Irlanda, no debéis abandonar a vuestro jefe y señor por culpa de las artimañas y bebedizos de una mujer de las montañas —les dijo Caoilte.

Trece veces salió a buscarlos, y así, poco a poco, los fue llevando de vuelta a la colina. Y al finalizar el día, cuando cayó la noche, aquella amarga locura abandonó por fin la lengua del caballero. Para cuando Caoilte pudo reunir a los *fianna* al completo, Finn ya había recobrado tanto el juicio como la memoria. Al darse cuenta de lo que había ocurrido, pensó en sucumbir a su propia espada y encontrarse con la muerte antes que seguir viviendo así ni un minuto más.

Aquel fue el trabajo más difícil que Caoilte hizo en toda su vida.



LA NIXE

CUENTO HÚNGARO

Érase una vez un molinero muy rico que tenía todo el dinero y todos los bienes que podía desear. Pero las desgracias llegan de la noche a la mañana y, de repente, el molinero se volvió tan pobre que su molino fue apenas todo lo que le quedó. Se pasaba el día deambulando de aquí para allá, presa de la tristeza y de la desesperación, y, cuando se acostaba por las noches, no podía descansar, así que las pasaba en vela, sumido en amarguras y lamentaciones.

Una mañana se levantó antes del amanecer y decidió salir de casa: pensó que con el aire puro su corazón se libraría de tantas tribulaciones. Mientras paseaba por la orilla de la esclusa del molino, oyó un susurro en el agua y, al mirar, vio a una dama blanca surgiendo de las ondas del estanque.

Comprendió de inmediato que no podía ser otra sino la Nixe de las aguas, y se asustó tanto que no supo si salir corriendo o quedarse donde estaba. Mientras dudaba y titubeaba, la Nixe se dirigió a él: lo llamó por su nombre y le preguntó la razón de su tristeza.

Cuando el molinero oyó la encantadora voz de la Nixe, se armó de valor y le contó lo rico y próspero que había sido toda su vida, hasta hacía muy poco, y que ahora no sabía qué iba a ser de él, con tanta penuria y tanta miseria.

La Nixe lo consoló con dulces palabras y le prometió que lo haría más rico y próspero que nunca, a condición de que le entregara lo más joven de su casa.

El molinero pensó que se refería a alguno de los cachorros o gatitos que tenía, así que le prometió a la Nixe que le daría lo que le había pedido, y volvió a su molino con el corazón lleno de esperanza. En el umbral de casa lo estaba esperando un sirviente, con la noticia de que su esposa acababa de dar a luz a un niño.

El pobre molinero, aterrorizado ante semejante noticia, con gran pesadumbre, fue a ver a su esposa y a su familia para explicarles el fatídico trato que acababa de cerrar con la Nixe.

—Renunciaría a toda la fortuna que me prometió si pudiera salvar a mi hijo —les dijo. Pero nadie supo darle consejo alguno, más allá de vigilar que el niño nunca se acercara al estanque.

El niño creció sano y fuerte, y, entretanto, el molinero también fue prosperando y, en pocos años, amasó más riquezas de las que había tenido en toda su vida. Aun así, no conseguía disfrutar de su fortuna, pues no era capaz de olvidar su pacto con la Nixe, y sabía que tarde o temprano le exigiría que cumpliera con su parte. Pero los años siguieron pasando, el chico creció y se convirtió en un gran cazador, y empezó a trabajar para el señor de aquellas tierras, ya que era el cazador más astuto y audaz que pudiera imaginarse. En poco tiempo se casó con una hermosa joven, y empezaron a vivir juntos, felices y tranquilos.

Un día, cuando salió a cazar, una liebre brincó delante de sus narices y echó a correr por el monte. El cazador estuvo un rato siguiéndola de cerca, hasta que consiguió matarla de un disparo. Luego se puso a despellejarla, sin reparar en que estaba cerca del estanque que desde niño le habían enseñado a evitar. No tardó en terminar de desollar a la liebre y se acercó al agua para lavarse la

sangre de las manos. Apenas se había mojado los dedos en el agua cuando la Nixe salió, lo agarró con sus brazos empapados y lo arrastró consigo a las profundidades del estanque.

Al ver que el cazador no volvía a casa aquella noche, su mujer se puso muy nerviosa y, cuando encontraron sus útiles de caza cerca del estanque, enseguida comprendió lo que había sucedido. Estaba tan fuera de sí por la pena que se quedó vagando por los alrededores del estanque, llamando a su esposo sin cesar. Al final no pudo soportar el dolor y el cansancio: se quedó dormida y soñó que paseaba por un prado de flores y que encontraba una cabaña; en su sueño, una vieja bruja que vivía en la choza le prometía devolverle a su marido.

Cuando despertó, a la mañana siguiente, decidió ir en busca de aquella bruja: pasó varios días vagando por los montes, hasta que al final llegó al prado de flores que había soñado y encontró la cabaña de la bruja. La pobre mujer le contó todo lo sucedido, y le confesó que en sueños había visto que la bruja podía ayudarla con sus poderes.

La bruja le aconsejó que volviera al estanque la siguiente noche de luna llena, que peinara sus cabellos negros con un peine de oro, y que luego dejara el peine en la orilla. La mujer del cazador le hizo un regalo a la bruja, le agradeció de todo corazón su ayuda y volvió a casa.

La espera hasta la noche de luna llena se hizo eterna, pero al fin llegó, y en cuanto salió la luna, la joven esposa se acercó al estanque, se acicaló el pelo negro con un peine de oro y, al terminar, lo dejó en la orilla. Observó el agua con impaciencia. Poco después, se levantó una ráfaga de viento y, de repente, una ola enorme arrastró el peine desde la orilla. Por fin, entre las aguas asomó la cabeza de su marido, que la miraba con tristeza. Pero enseguida llegó otra ola, que lo hundió antes de que pudiese articular palabra. El estanque recobró la calma, sin más movimiento que los destellos de la luna, y la mujer del cazador quedó aún más consternada que antes.

Durante días y noches enteras deambuló desesperada, y cuando al fin el cansancio la venció, sumiéndola de nuevo en un profundo sueño, exactamente igual que la vez anterior, volvió a soñar con la vieja bruja. Y así, a la mañana siguiente, volvió al prado florido y fue a la cabaña a contarle sus penas a la bruja. Esta le aconsejó que regresara al estanque la próxima noche de luna llena, que tocara alguna canción con una flauta de oro y, al terminar la melodía, la dejara en la orilla.

En cuanto hubo una nueva luna llena, la mujer del cazador volvió al estanque y, tras tocar la flauta de oro, la dejó con delicadeza en la orilla. Entonces se oyó otra ráfaga de viento, una ola se tragó la flauta y, enseguida, empezó a surgir del agua la cabeza del cazador, que siguió emergiendo más y más hasta que la mitad de su cuerpo quedó fuera. De nuevo, miró con tristeza a su mujer y extendió los brazos hacia ella. Pero llegó otra ola que lo hundió en el agua como la vez anterior. La mujer del cazador, que lo había visto desde la orilla, llena de esperanza y alegría, se sumió en la desesperación cuando vio que otra vez le arrebataban a su marido ante sus propios ojos.

Por fortuna, volvió a tener el mismo sueño una tercera vez, y se dirigió de nuevo a la cabaña del prado en busca de la bruja. Ahora la anciana le dijo que debía volver al estanque la próxima noche de luna llena y, allí, hacer girar una rueda de oro, y que luego dejara la rueda en la orilla.

La mujer del cazador hizo lo que le había aconsejado la bruja: la siguiente noche de luna llena se sentó junto al agua con una rueda de oro y la hizo girar; luego, la dejó en la orilla. Unos minutos más tarde se empezó a oír el poderoso rugir del agua y una ola se llevó la rueda de la orilla. De inmediato, en el estanque asomó la cabeza del cazador, que subió más y más hasta que por fin pudo saltar a la orilla y caer en brazos de su esposa.

Pero, de repente, las aguas del estanque empezaron a subir hasta desbordarse, y la crecida los arrastró con violencia. Desesperada, la joven esposa imploró ayuda a la bruja, pero, en ese

momento, el cazador se convirtió en rana y ella en sapo. No fueron capaces de permanecer juntos, porque las fuertes corrientes los separaban cada vez más. Cuando la crecida remitió, ambos recuperaron su forma humana, pero tanto el cazador como su esposa se encontraron separados y en lugares lejanos, y ninguno supo qué había sido del otro.

El cazador decidió convertirse en pastor, y también su esposa se hizo pastora. Durante muchos años, separados, ambos cuidaron de sus rebaños, aunque embargados por la tristeza y la soledad.

Pues bien, resulta que, un buen día, el pastor pasó por las tierras donde vivía su esposa. Le agradó aquel lugar y, además, vio que el pasto era rico y apropiado para sus ovejas, así que fue a por ellas y las llevó allí. El pastor y la pastora se hicieron buenos amigos, pero no se reconocieron por culpa del hechizo.

Una noche de luna llena se sentaron juntos a vigilar a sus ovejas y el pastor se puso a tocar la flauta. La pastora recordó entonces aquella noche de luna llena junto al estanque, cuando tuvo que tocar la flauta de oro. No pudo soportar aquel recuerdo y empezó a llorar desconsoladamente. El pastor le preguntó por el motivo de su llanto, e insistió hasta que ella le contó la historia. En ese momento, las escamas que nublaban sus ojos cayeron por fin, y el pastor pudo reconocer a su esposa, y ella a él. Volvieron a casa llenos de felicidad, y vivieron felices por siempre jamás.